

LA LITERATURA DEL PERU PRECOLOMBINO A TRAVES DE LA CRONICA DEL LICENCIADO FERNANDO DE MONTESINOS.

ESCRITURA.

Dicen los amautas que sabían las cosas de estos tiempos por tradiciones de los antiquísimos, comunicadas de mano a mano, que cuando (Sinehi Cosque) reinaba, había letras y hombres doctos en ellas, que llaman *amautas*, y éstos enseñazan a leer y escribir. . . . a lo que he podido alcanzar escribían en hojas de plátano; secábanlas luego y escribían en ellas. . . . Y en Chile, cuando a Alonso de Arcila le faltó papel para su *Araucana*, un indio le suplió la necesidad con hojas de plátano, y en ellas escribió muy grandes pedazos, como dice el padre Acosta. También escribían en piedras: hallóse un español en los edificios de Quinoa, tres leguas de Guamanga, una piedra con unos caracteres, y pensando que allí estaba la memoria de la *guaca* escrita, guardó la piedra para mejor entendida (20 — 21).

Vemos, pues, que las *tradiciones* conservadas por los amautas eran “comunicadas de mano a mano”, y no aprendidas en documentos escritos, y así es fácil comprobarlo a través de la historia de las épocas incaica y preincaica, ya que los hechos que las llenan son tanto más oscuros y legendarios cuanto más se remontan en el origen de los tiempos. Vemos que Montesinos atribuye a la cultura incaica la utilización de las hojas de plátano, aunque no puede sustentar su aseveración sino con una referencia a lo que fué visto por el padre Acosta en la tierra de Lautaro, cuyos pobladores no se dejaron someter por los incas. Y vemos, por último, que, a pesar de mencionar el hallazgo de “una piedra con caracteres”, no especifica la naturaleza de tales caracteres, ni su posible interpretación.

Pero Montesinos insiste más adelante en su afirmación, evidenciando, con la ausencia de prevenciones, la credulidad con que recogía los informes de los indios:

— Cuando tenían letras y cifras o hieroglíficos escribían en hojas de plátano, como hemos dicho, y un chasqui daba el pliego al otro hasta que llegaba a manos del rey o del goberna-

dor. Después que faltaron las letras, se daban los chasquis los recaudos el uno al otro y los aprendían muy bien (37).

Y más adelante añade:

en un tiempo, según dicen los indios, había letras y caracteres en pergaminos y hojas de árboles hasta que todo se perdió de allí a cuatrocientos años.

Así como precisa el número de años de los primeros gobiernos del incario—porque en ellos es difícil comprobar la veracidad de las fechas—y va dejando en claro las cifras a medida que la historia precolombina se acerca a su conjunción con la conquista, cuando Montesinos comprende que su relato se aproxima a los linderos en que ha penetrado el conocimiento histórico, abandona las afirmaciones indemostrables y, desbrozando la fantasía de las tradiciones, insinúa las posibles causas de la desaparición de la escritura.

En tiempos de Titu Yupanqui Pachacuti VI, sexagésimo segundo monarca del Perú—según la cuenta de Montesinos.—

vinieron grandes ejércitos de gentes ferocísimas, así por los Andes como por el Brasil y por hacia Tierra Firme, hicieron grandes guerras, y con ellas se perdieron las letras (63);

sosteniendo un combate contra estas gentes murió Titu Yupanqui Pachacuti, y

las provincias del reino, sabida la muerte del rey, se alzaron todas, y los de Tampuscoo tuvieron muchas discusiones sobre elegir rey. Con esto se perdió el gobierno de la monarquía peruana, y en más de cuatrocientos años no volvió en sí, y se perdieron las letras (65).

Comienza entonces—nos dice Montesinos—un período de guerras civiles que abarcó el transecurso de cuatro centurias, durante el cual se emanciparon las provincias de la tutela imperial, y se extendieron los ritos idolátricos y la sodomía. Pero Túpac Cauri Pachacuti VII—septuagésimo octavo monarca—“comenzó a alzar cabeza y cobrar algunas ciudades y provincias”, transigió temporalmente con la corrupción que se había extendido sobre el reino “e hizo grandes sacrificios y consultas al Illatici Huira Cocha”.

Una respuesta fué que la causa de la pestilencia habían sido las letras, que nadie las usase ni resucitase, porque de su uso le había de venir el mayor daño. Con esto, Túpac Cauri mandó por ley, que, so pena de la vida, ninguno tratase de *quilcas*, que eran pergaminos y ciertas hojas de árboles en que escribían, ni

usasen de ninguna manera de letras. Este oráculo lo guardaron con tanta puntualidad, que después de esta pérdida, jamás los peruanos usaron de letras. Y porque tiempos después un sabio amauta inventó unos caracteres, lo quemaron vivo. Y así, desde este tiempo, usaron de hilos y *quipos* (67 — 68).

Pero ¿hemos de creer estrictamente que estos caracteres y aquellas “letras” constituyeron un verdadero sistema de escritura? ¿O debemos creer que en ambos casos no se trataba sino de ideogramas que, por su conexión con las prácticas de magia y de hechicería, debieron ser desterrados del uso? Y si, en realidad, la aparición de los quipos coincide con la desaparición de la escritura ¿no debemos retrasar ésta de una manera sensible? El mismo Montesinos menciona expresamente la existencia de quipos, en tiempo de Titu Yupanqui Pachacuti II:

dicen los amautas, y lo aprendieron de sus mayores y lo tienen en memoria por sus quipos para eterna memoria, que el sol se cansó de caminar y ocultó a los vivientes, por su castigo, su luz, y no amaneció en más de veinte horas (47).

Es claro, pues, que al sostener tan singular afirmación Montesinos no pueda evitar las contradicciones lógicas, y como éstas son reflejo de la disonancia entre dicha afirmación y la verdad histórica, nosotros debemos deducir que los incas no conocieron la escritura. Y podemos aventurarnos a suponer que, al anotar su existencia se basó en las versiones de indígenas atemorizados por la conquistista, que atribuían un poder mágico a los signos de la escritura española y les encontraban semejanza con las prácticas idolátricas que prohibiera Túpac Cauri Pachacuti VII.

HISTORIA.

Partiendo de este principio general—al cual nos han llevado las contradicciones en que incurre Montesinos, y aquella ausencia de fundamentación que lesiona la validez de su aserto—debemos deducir que en el Imperio de los Incas no hubo historia, en tanto que ésta sea tenida como una ordenada exposición de los hechos pasados. Pero sí debemos creer que los antiguos peruanos carecieron de una historia orgánicamente elaborada, no podemos negar que fueron los más cariñosos conservadores de sus tradiciones, pues ellas son el principal asidero de las relaciones elaboradas por los cronistas. Montesinos no se refiere con mucha frecuencia a las tradiciones antiguas del Perú, pero las sigue fielmente, sin atemperar en grado apreciable la fantasía popular que en ellas se ha vertido. Y, lo que es más, se guía “por la cuenta de los amautas e historiadores peruanos” (4).

Por la cuenta de los amautas establece cierta ordenación crono-

lógica de los hechos realizados bajo el Imperio de los Incas, pero tan poco acordes estaban las cuentas de los diversos amautas que la ordenación de Montesinos resulta confusa; y confusa, además, porque los amautas no se limitaban a referir los hechos, sino a interpretarlos, para demostrar el favor con que los dioses distinguían a sus soberanos. Reconoce, por eso, Montesinos, que en torno a un hecho histórico determinado—por ejemplo, la reducción de la población del Cuzco en tiempos de Tini Cápac Yupanqui, el trigésimo sexto inca—podían ser elaboradas varias versiones y, “dejadas las fábulas”, intenta conservar el sentido histórico de la tradición:

fingen los amautas grandes ficciones y fábulas acerca de la reducción del Cuzco y de las personas y familias que dél se habían ausentado, cómo volvieron y vivían en gran behetría y fueron vueltas a su pristino estado. Dejadas, pues, las fábulas, lo que lleva más camino es, que entre muchos hijos que tuvo Tini Cápac, uno fué Titu Cápac Yupanqui. Fué mozo de gran valor, y tomando el señorío, hizo muchos castigos en la ciudad del Cuzco, en los que repugnaban el gobierno antiguo; y con esto quedó la ciudad sujeta (42).

Ya dijimos que en una pretendida “tradición de los antiquísimos” asentó su singular afirmación sobre la existencia de la escritura en el antiguo Perú. Otra, le permitió corroborar las informaciones que tenía sobre las primitivas corrientes migratorias:

por tradición antiquísima dicen los indios del distrito de la Audiencia de Quito, que por la banda del Mediodía o Sur, y por la del Septentrión, vinieron diversas veces grandes tropas de gentes, así por tierra como por mar, y poblaron las costas del mar Océano, y entraron por la tierra firme adentro; con que se llenaron estos esparcidos reinos que llamamos Pirú (17).

Pero, sabido es que las tradiciones populares se convierten, con el trascurso del tiempo, en leyendas. Y como las leyendas llevan en sí un acervo imaginativo, al par que un notable matiz de lirismo multitudinario, nos inclinamos a entroncarlas con la poesía.

MITOLOGÍA.

Ceñido a su afán de historicista, Montesinos procuró aislarse de todo lo que implicara una ostentación de fantasía, y por eso no abundan en sus “memorias” las referencias a los mitológicos relatos en que los Incas simbolizaron los orígenes de su imperio. Únicamente relata el mito de los hermanos Ayar, y—aunque no las menciona—afirma que los indios tenían varias “ficciones poéticas” para explicar el predominio del menor.

La versión de este mito de los hermanos Ayar, que Montesinos ha recogido, tiene un especial interés, porque relievaa la filiación teocrática y patriarcal del imperio que fundó Manco Cápac, filiación que se destaca en la distribución de las tareas directivas, en las funciones que el heredero del inca desempeñaba durante la vida de su padre, y en los caracteres que la ideología popular le asignaba a la autoridad del inca. Dice así:

Llegaron los primeros cerca del paraje que hoy es el Cuzco, en tropa y forma de familia, y según la cuenta de los anautas eran cuatro hermanos, llamados Ayar Manco Túpac, Ayar Cachi Túpac, Ayar Auca Túpac, Ayar Uchu; y de cuatro hermanas, cuyos nombres eran: Mama Cora, Hipa Huacum, Mama Huacum, Pilco Huacum. El hermano mayor subió a un cerro llamado Huana Cauri y desliando la honda de la cabeza, tiró con ella cuatro piedras, señalando las cuatro partes del mundo, y diciendo a voces que con aquella acción tomaba posesión de la tierra por sí y en nombre de sus hermanos y mujeres. A los cerros que señaló con las piedras, a una llamó Antisuyo, hacia el Oriente; al de Poniente llamó Contisuyo, al de Mediodía Coya-suyo. Cuando aclamaban a los Reyes decían *Tahuantinsuyo Cápac*, como si dijeran, Señor de las cuatro partes del mundo.

Mucho sintieron los tres hermanos ver tan adelante en el gobierno y superioridad al primero, presumiendo de lo que había hecho que quería ser su cabeza; quien más advirtió el intento del hermano mayor fué el menor, y como hombre vivo y caviloso, propuso hacer de modo que, quedando él solo, nadie le impidiese el mando; y dejando varias ficciones poéticas que los indios refieren sobre este caso, lo más cierto es, que él dió esa traza para librarse de sus hermanos. Al primero le dijo que entrase en una cueva y pidiese al Illatici Huirra Cocha le diese semillas de su mano y su bendición para la fecundidad de ellas; creyólo el hermano, entró en la cueva, y el menor puso en la boca una piedra grande y otras pequeñas, con que la cueva quedó cerrada y el miserable, enterrado. Al hermano segundo le llevó Túpac Ayar Uchu entre unas altas peñas, con achaques de buscar al mayor, y dellas lo despeñó, e hizo creer a las mujeres y al hermano tercero que el Illatici Huirra Cocha lo había convertido en piedra, para que en su compañía rogase por la sucesión de todos; y la piedra que fingió el Túpac Ayar Uchu, la llevaron después al Cuzco.

El hermano que quedaba, conceptuando mal destos sucesos, se huyó a otras provincias, y el Túpac Ayar Uchu les dijo a sus hermanas cómo se había subido al cielo, para desde allí tomar a su cargo todos los montes, llanos, fuentes y ríos, para defenderlos de las heladas, rayos, relámpagos y nublados, y ser pa-

trón y abogado del gobierno que debía tener de todo el mundo, como hijo del sol, y que le había puesto Pirua Pacari Manco, porque había de ser como Dios de la tierra.

Viéndose ya Túpac Ayar Uchu, comúnmente llamado Pirua Pacari Manco, libre de sus hermanos, caminó hasta el lugar donde hoy es el Cuzco con sus hermanas y mujeres, a las cuales dió a entender el favor grande que habían de tener en sus tres hermanos, y que había de edificar una ciudad y ser señor de los vivientes, y que para entablar en ellos el verdadero respeto, se le tuviesen ellas muy grande y le hablasen con toda humildad, como a hijo único del sol. Pareció bien el lugar a la hermana mayor, y díjole a su hermano que edificase allí la ciudad, diciendo: “en esos *cuzcos*”, como si dijeran “en ese sitio” donde están esas piedras que parecen amontonamientos”; y de aquí dicen algunos que se llamó aquella primera ciudad Cuzco; y otros dicen que el sitio donde se fundó estaba cercado de cerros, y tenían algunos peñoles que fué necesario allanarlos con tierra, y este término de allanar se dice por este verbo *coscoani*, *coscochanqui* o *chanssi*, y que de aquí se llamó Cuzco.

El Pirua juntó a los de su familia, que eran muchos y le servían como criados o vasallos, con el ejemplo que les daba la hermana, que lo hacía con todo gusto, por tener en ella los hijos que más quería el Pirua. Juntos, pues, mandóles amontonar piedras y allanar el sitio referido, donde fundó muchas casillas en que vivían a modo de ciudadanos. Tenían estos entre sí, sobre las sementeras y ganados y sobre el agua, algunas rencillas, y con cada una parecían los litigantes ante él, y hacía que su hijo primogénito, a quien él quería más que a los otros, los compusiese, diciendo que así lo mandaba el Illatici Huira Cocha. Era tanto el respeto que tenían al padre y al hijo, que sus palabras y mandatos eran obedecidos como leyes. De ordinario estaba el Pirua retirado en su casa, respetado por el hijo del sol, no sólo ya de las cuatro familias suyas, sino de los comarcanos, que a la traza suya se habían reducido a poblaciones de ehozuelas a los alrededores del Cuzco.

Dicen los indios que este Pirua Manco se convirtió en piedra como los demás hermanos, y que su hijo Manco Cápac y los demás le depositaron con ellos hasta hacerles templos; pero la verdad, sacada en limpio, es que Pirua Manco fué el primero que reinó en el Cuzco. y dejó por heredero y sucesor a Manco Cápac (6 — 10).

POESIA.

Expresamente se refiere Montesinos a “las poesías y cantares antiguos de los indios” (5), al mencionar las corrientes migratorias que trajeron a los primeros pobladores del Perú, y añade que

del origen destas gentes y aún de las extrañas fingen los poetas indios notables poesías, a la traza de los griegos y latinos; pero siendo de fé que estos hombres proceden de Adán y no fueron criados de por sí en esta tierra, como dicen las poesías antiguas, hemos de decir que los que vinieron a ellas fueron de Armenia y buscando tierras en que vivir (15).

De esta noticia se deduce que los indios cantaron en un principio la dolorosa travesía que precedió a su establecimiento en las regiones andinas; y que más tarde afianzados ya en la tierra que sus brazos roturaban, mantuvieron sólo un pálido recuerdo de sus orígenes, porque su inspiración poética se alimentaba en la vida laboriosa del ayllu. Pudieron ser autóctonos los primitivos pobladores del Perú, pero si esas "notables poesías" nos dicen que los indios "fueron criados de por sí en esta tierra", nosotros debemos ver, en tal noticia, una manifestación del carácter agrícola de la cultura incaica, pues ya tenemos sabido que en la ideología de los primitivos agricultores aparece la vida como un don de la tierra.

También se refiere Montesinos a otras poesías, en las cuales recordaban los indios algunos hechos de su pasado histórico, poesías que muchas veces integraban una serie referente a un solo asunto y que, por esto, nos hacen deducir que fué notable el auge alcanzado por los cantares heroicos en la civilización incaica. Aunque confusamente, Montesinos apunta que los indios—conquistados, ya, por los españoles—repetían ciertas composiciones poéticas, cuya sola referencia nos admira hoy, por la intervención que en sus imágenes tiene lo maravilloso, pero no por admirar lo maravilloso en sí, sino por el valor que lo maravilloso tiene como expresión poética de un pueblo animista. Y este animismo se manifiesta a través del íntimo contacto que el hombre parece mantener con sus dioses, o a través de la interpretación trascendental que le dá a los menores acontecimientos de la vida diaria; y—como toda desviación religiosa—era hábilmente estimulado por los poderosos, según se deduce de las referencias hechas por Montesinos, al relatar la guerra que Inti Cápac Yupanqui sostiene contra los Antaguailas.

Refiere Montesinos que los Antaguailas amenazaron la seguridad del anciano Sinchi Cosque—cuarto inca, según la lista de Montesinos,— quien atemorizado, se retiró en secreto a la fortaleza de Sacsahuamán, dejando casi despoblada la ciudad del Cuzco. Pero

el príncipe Inti Cápac Yupanqui, hijo menor de Sinchi Cosque, convocó a sus hermanos, y a los demás que se habían quedado en el Cuzco, y les dijo que él había tenido revelación del sol, su padre, y le había dicho que sin temor acometiese a sus enemigos con la poca gente que tenía, que él le ayudaría y se le mostraría siempre favorable; y para esto le dió unas varas de oro con su estólíca, de que les hizo demostración (28).

Y “dicen una poesía los poetas peruanos”, para explicar “que estas varas tenían tanta virtud, que cada vez que tiraban una, postraban por el suelo muchos hombres y caían sin sentido”. Luego, animada ya su gente, Inti Cápac Yupanqui despidió acremente a los embajadores de los Antaguailas, envió espías a su campo, y supo que—confiados en la ausencia de Sinchi Cosque y en el mayor número de su gente—se embriagaban durante la noche. Alentado por esta noticia, organizó el príncipe una sorpresa nocturna, para aprovechar el sueño que la embriaguez provocaba en sus enemigos, alcanzando, mediante este recurso, una completa y fácil victoria, tras de la cual impuso a los vencidos una declaración de obediencia y los envió a sus provincias.

Y añade Montesinos que, en torno a este hecho,

figen los amautas tradiciones antiguas, muchas poesías y fábulas, diciendo que el sol andaba entre el príncipe y los suyos con más resplandor que otras veces, alumbrándoles, y, por el contrario, en los enemigos había la misma oscuridad de la noche; y que cuando llegaron los del príncipe hacia los toldos de los dos hermanos, y tuvieron batalla con los primeros que encontraron, que el sol, para cumplir la promesa que le había hecho a su hijo Inti Cápac, convirtió las piedras del campo en hombres y esparció sus rayos sobre ellas, para que se viese la demostración, y con esto se rindieron luego los enemigos; y después de la batalla se volvieron a convertir en piedras.

Volvióse al Cuzco el príncipe, donde ya estaba su anciano padre Sinchi Cosque esperando al venturoso hijo. Entró en la ciudad triunfando; recibieronle en ella con muchos cantares y aclamaciones en que le daban el parabién de la victoria y libertad de la patria (30 — 31).

Por lo cual vemos que en la época incaica elaboraron los indios ciertas composiciones poéticas en las cuales cantaron los hechos de su pasado histórico; y que, por referirse “muchas poesías y fábulas” a un solo hecho, es posible que constituyeran series—semejantes a aquellas de romances o cantares de gesta—que por la ausencia de escritura no dieron lucimiento a la epopeya nacional. Vemos que estas poesías épicas revelan una notable disposición ideológica para urdir la epopeya, por las cualidades que atribuyen a los “héroes”, por la intervención que los dioses aparecen desplegando en las acciones de los hombres, por la actitud altiva y confiada con que los incas se enfrentaban al porvenir, y por la emoción que ponían al interpretar la adversa o favorable disposición de los elementos.

ALBERTO TAURO.